

#### IV EDICION DE LOS PREMIOS DE PERIODISMO

Han pasado cinco años y medio del vil asesinato de José Luis López de Lacalle en Andoain. Estos días se cumplen cuatro años de la criminal emboscada en la carretera de Jalalabad a Kabul en la que perdieron la vida Julio Fuentes y quienes le acompañaban en su último viaje. Va ya para treinta y dos meses desde que uno de los pocos misiles iraquíes que acertó en su trayectoria mató a Julio Anguita Parrado en un acuartelamiento norteamericano de las afueras de Bagdad.

Como en las tres ediciones anteriores de estos premios, hoy volvemos aquí para rendir homenaje a su memoria. Para dejar constancia de que sus corazones siguen palpitando entre nosotros. Para ratificar nuestro compromiso de continuar entendiendo y practicando el periodismo como lo entendieron y lo practicaron ellos.

Aunque todos tengamos grabadas en el recuerdo las circunstancias dramáticas de su sacrificio, hoy podemos decir con el doctor Johnson que “el acto de morir no tiene tanta importancia, puesto que dura muy poco tiempo” y que por eso “lo que cuenta no es como muere un hombre, sino como ese hombre ha vivido”.

Si con toda propiedad consideramos a José Luis y a nuestros dos Julios como mártires venerables de la causa de la libertad de expresión y del derecho del público a recibir información es porque sus muertes no fueron fruto de un malhadado accidente en un recodo del camino, sino la extensión y culminación de la arriesgada y meritoria forma de vivir que ellos habían elegido.

Y puesto que son sus vidas las que en definitiva celebramos, ¿qué mejor manera de hacerlo que reencarnándolos año tras año en aquellos colegas de todo el mundo en quienes ellos mismos se hubieran sentido reflejados, de quienes ellos mismos se hubieran sentido orgullosos, a quienes ellos mismos hubieran anhelado parecerse?

Creo que en esta cuarta edición hemos conseguido esa comunión de las almas. Porque si algo debió ser parecido a defender los valores constitucionales en el Andoain abertzale, como lo hacía López de Lacalle, fue luchar por los derechos de la mujer en el Kabul de los talibán, como lo hizo Jamila Mujahed. Y si existe una trayectoria de insistente testimonio viajero, buena literatura y solidaridad con los que sufren, como la que querían trazar con sus

vidas Julio Fuentes y Julio Anguita Parrado, esa es la de Jon Lee Anderson.

“Puedes dejar que el miedo te condicione y termine por dirigir tu vida o también puedes hacerle frente. Yo he decidido enfrentarme a él”, nos decía Jamila Mujahed en la entrevista publicada ayer cuando le preguntábamos por su compañera Shaima, asesinada por aparecer como ella con el rostro descubierto en la Tv afgana. ¡Cuántas veces no oyeron sus amigos esas mismas palabras de labios de López de Lacalle, hasta que también le asesinaron, en definitiva, por dar la cara!

“No hay que tratar de escribir obras maestras... Comprendes que tienes que abrir una ventana para que los que no han estado allí puedan ver y oír y oler lo mismo que tu. ¿Es esto muy abstracto o se entiende?”, nos decía y preguntaba desde esa misma barandilla Jon Lee Anderson. Vaya que si lo entendían Julio Fuentes y Julio Anguita Parrado siempre en el estribo del enviado especial, siempre dispuestos a emplear su talento narrativo para ayudarnos a mirar el dolor ajeno.

En Jamila Muhajed y en Jon Lee Anderson viven, pues, nuestros compañeros.

Que una mujer afgana pueda ser premiada en un país como España en el que la lucha por la liberación de la mujer primero y por la igualdad de sus derechos después han dado frutos tan grandes en tan pocos años, tiene un enorme valor simbólico. Es la expresión de que los seres humanos podemos cambiar la sociedad y el orden que nos rodea, de que cuando se lucha por una causa justa ningún sufrimiento, ni siquiera la muerte, resultan en vano. Es cierto que los señores de la guerra vuelven a estar envalentonados tanto en Afganistán como en el País Vasco, pero mientras haya personas como Jamila o José Luis el sol de la razón seguirá abriéndose camino entre los más negros nubarrones.

¿Y qué decir de la vigorosa contribución de los reportajes y libros de Jon Lee Anderson y unos cuantos como él a que la opinión pública vaya tomando conciencia de la verdadera dimensión de los grandes problemas internacionales más allá de la propaganda y manipulación de los gobiernos que tan a menudo no buscan explicaciones sino coartadas? No es casualidad que el año pasado premiáramos a Seymour Hersh, pionero en la investigación de las falsedades sobre las armas de destrucción masiva y que este año galardonemos al autor de “La caída de Bagdad”. A

Julio Fuentes le hubiera encantado escribir ese libro y algunas de las últimas crónicas de Julio Anguita Parrado podrían haberle servido perfectamente de prólogo o apéndice.

Lo que cada año festejamos aquí es, en definitiva, la cadena interminable del ejercicio del deber de informar. Una cadena a la que, partiendo del ejemplo y modelo de nuestros añorados compañeros, cada año vamos agregando una pieza de dominó que produce el milagro del contagio entre lo ya ocurrido y lo que queda por hacer.

Mientras la civilización humana respete las libertades públicas tal cadena no se interrumpirá jamás, pues ese deber de informar no es sino la concreción de un derecho ajeno del que son titulares el conjunto de los ciudadanos. A ellos nos debemos todos. Ni los periodistas, ni los políticos deberíamos olvidarlo nunca.

Los periodistas para preguntarnos si estamos siendo lo suficientemente responsables como para estar a la altura de lo que los lectores nos demandan. Los políticos para plantearse qué es lo que estarán haciendo mal cada vez que las críticas que a ellos les parecen infundadas encuentran eco en la sociedad.

Todos debemos sentirnos arropados y también vigilados por los ausentes. Desde el diario EL MUNDO vamos a seguir haciendo cuantos esfuerzos tengamos al alcance para aportar el máximo rigor posible a nuestras investigaciones, informaciones y opiniones. Siempre esgrimiremos hechos y argumentos, nunca intercambiaremos insultos ni siquiera cuando seamos víctimas de ellos. Y si alguna vez erramos o transgredimos estas normas rectificaremos, pediremos disculpas y trataremos de poner remedio.

Pero también vamos a seguir reclamando a los demás protagonistas de la vida pública una autoexigencia equivalente. Mientras se desarrolle dentro de la legalidad – y eso sólo lo pueden juzgar los tribunales, no fantasmagóricos comités de ética- el ejercicio de la disidencia por ácido y contundente que sea no debe acarrear consecuencias impropias de una democracia. Ni en el plano de las presiones personales, ni en el de las decisiones administrativas. Insisto, es el público el que decide qué periódico lee o cual es la emisora que oye. Y si al gobernante no le gusta esa elección, ocúpese de cambiar el criterio del público, que suficientes vías de persuasión tiene para ello, y no de silenciar o denigrar al mensajero.

Si el pluralismo y la libertad de expresión son en cualquier momento y lugar un preciado tesoro a conservar, en la España constitucional también se han convertido ya, al cabo de más de un cuarto de siglo de democracia, en parte del legado que una generación transmite a otra. Tenemos pues obligaciones no sólo ante nosotros mismos, sino también ante quienes forjaron con el ejemplo esos valores y ya no pueden defenderlos. Hablo de periodistas, pero también de políticos insignes. A esa suma de historias personales es a la que en definitiva llamamos Historia. Seamos dignos de nuestra Historia, porque como alegaba Michel de Montaigne, “no hay deseo más natural que el deseo de conocimiento, ni vileza más clara que desdeñarse del propio conocimiento”.

Ojala a los españoles de hoy nunca se nos pueda achacar ese defecto.